



## PÚBLICO Y PRENSA

**N**O hace mucho, que un diario español el *A B C* traía esta nota:

«Con motivo del gran aumento de tirada que estos días tenemos, debido á la información del doble crimen de la calle del Calvario y al especial favor que el público nos dispensa, nos vemos obligados hoy, como ayer, á aplazar la publicación de nuestro suplemento *La Mujer y la Casa*, que acostumbramos á dar los martes.»

Y otro diario «*La Correspondencia de España*» decía comentándolo:

«Las anteriores líneas de nuestro querido colega *A B C* son una triste verdad. Verdad, porque relatan un hecho. Triste, porque retratan un estado de cultura social demostrativo de que la intelectualidad española está, para desgracia nacional, en un nivel poco envidiable.

»Las líneas con que *A B C* encabeza su número de hoy podrían encabezar las de todos los diarios madrileños, y ya que escritas están, no será de más que les sea consagrado un comentario.

»Por desgracia para todos, los crímenes, aun cuando sean vulgarísimos, como el cometido por el *Hojalata*, y las corridas de toreros, aun cuando éstos sean de ínfima categoría, son las únicas causas que en un momento aumentan la curiosidad de los lectores y, por lo tanto, la tirada momentánea de los diarios, de *A B C* y de todos, son un fenómeno natural.

«Los crímenes, las consecuencias sangrientas de las corridas de toros y la lista de la lotería son los tres auxiliares de las empresas periodísticas, pues todo vendedor ó paquetero pide aumento cuando el periódico trae lista, corrida ó crimen.

«¡¡Qué pena tan grande!! A la masa de lectores de aluvión le importa, por lo general, muy poco que un diario tenga ó no artículos dignos de ser leídos, informaciones costosas, reseñas bien hechas: sólo la lista, la corrida ó el crimen la impulsan á leer: Lo demás no le importa.»

Y añadía:

«Claro es que no nos referimos á los lectores asiduos, á los que á diario leen, porque estos, claro está que no se dejan influir por esos tres factores, desde el momento en que siempre leen el diario. Nos referimos á la masa que está alejada de la lectura, y que sólo es atraída *per accidens*, por lo único que para ella tiene sensación.

«Anunciad para el día siguiente un artículo de un hombre célebre en las ciencias ó en las artes; decid que el diario insertará íntegros los debates parlamentarios sobre asunto vital para España; insertad el luminoso trabajo de un sabio pedagogo ó de un sociólogo reformador; realizad un esfuerzo extraordinario para llevar al lector noticias exactas y rápidas de cuanto en el mundo suceda; acometed empresas en donde el cerebro libre, sufra quebrantos la caja y mejoradas sean las condiciones informativas ó educadoras de un diario, y por el momento ningún fruto obtendréis. Poco á poco, lentamente, hoy uno, mañana cinco, pasado mañana tres, iréis aumentando los lectores.

«Sólo estas tres cosas, la lotería, el toreo y el crimen, ejercen influjo sobre la masa enorme, enormísima, de millones de españoles, que sólo leen esas *tres cosas*, importándoles muy poco, mejor dicho nada de todo lo demás.»

Esto es, en efecto, una tristísima verdad, pero

¿es la culpa toda del público? ¿no alcanza acaso buena parte de ella á la prensa misma que sobre poner por encima de todo la caza del perro chico (moneda de cinco céntimos) ni entiende bien sus propios intereses permanentes ni acierta á hacer que otras informaciones tengan atractivo para el público?

Siempre he creído que ha de fiarse uno poco de los éxitos editoriales explosivos por el momento. Tal diario vende en un día un gran número de ejemplares y languidece en unos años.

Sucede tal vez con esto lo que con los novelistas y escritores más ó menos pornográficos, ó como ahora se ha dado en decir por acá «sicalípticos» y es que venden mucho sus libros en unos años, pero luego nadie los pide. Y por ahí, por esa república, anda algún escritor español que os podría dar fehaciente testimonio de ello.

Si nuestros diarios dan tan desusada extensión á los relatos de crímenes vulgares y á las revistas de corridas de toros, no es por ventura porque quienes los redacten se interesan por esas cosas tanto como por ellas se interesa el público. Porque del público y de no otra parte salen los periodistas. Y de él viven. Pero yo creo que muchas veces, tal vez la mayor parte de ellas, en vez de pecar por la paga pecan por gusto y además cobran la paga de su pecado.

Lo de ir contra pelo al público y decirle no,

lo que él quiere que le digamos sí, no lo que creemos que debe oír, no es para todos. Yo vengo haciéndolo hace años y al fin he logrado, gracias á Dios, hacer respeto y atención en torno mío. Pero me ha costado mi tiempo y mi trabajo.

Si los atenienses se molestaban cuando se les quería enseñar algo, según nos dice Platón, y eso aun siendo atenienses, es decir, amigos de saber la última novedad, conforme á la caracterización que de ellos nos da el libro de los «Hechos de los Apóstoles», ¿qué les sucederá á los que no son atenienses? Al público hay que enseñarle sin apariencias de hacerlo ó de otro modo prepararse á soportar su resistencia y hasta su venganza.

Pero aquí lo que principalmente priva es aquel terrible aforismo de nuestro Fénix de los ingenios, del en un tiempo popularísimo Lope de Vega, cuando decía:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

¿Cuántos son los escritores que se rebelan contra esto y en vez de someterse al público y servirle hasta en sus prejuicios luchan con él? Muy pocos. Y entre los casos últimos más nobles y más ejemplares están Ibsen y Carducci.

Las vidas de Ibsen y de Carducci deben, en

efecto, servir de ejemplo y de incentivo á todo hombre de letras. Hay que ver cómo lucharon uno y otro, en guerra con los prejuicios y las tendencias dominantes cuando ellos entraron en liza, sin querer derogar ni acojerse á cotarros y camaraderías, solos y señeros, armados de desdén y de fe, confiando en la obra del tiempo. Y así se impusieron al cabo el uno y el otro.

Pero aquí nuestros escritores son por lo común cortesanos del público, hasta los que parecen querer contradecirle. A lo más le hacen cosquillas.

¿Y la prensa? Es difícil imaginarse otra más cobarde. A nada eficaz se atreve. Cada tendencia de pensamiento tiene su órgano y dentro de él hay una ortodoxia y una heterodoxia. Apenas si empieza á ensayarse el palenque abierto. Así es que al desdichado que va á caer en ella al punto le cortan, recortan y liman las uñas.

Y hay que observar cuáles son las cosas graves, las «inefables», esto es, las que no pueden decirse.

Tal diario hay que pasa no ya por liberal avanzado, sino hasta por radical. En él un redactor muestra simpatía por los ideales anarquistas y por los hombres que los propagan: tal otro vierte doctrinas nietzschenianas y deja traspasar la repugnancia que siente por el cristianismo — que, por supuesto, no conoce — hay otro,

un colaborador, que de tiempo en tiempo cuenta—eso sí, con mucha gracia—las mayores marranadas... Pero se presenta al diario uno que en serio, comedidamente, con moderación, expone sus sentimientos cristianos, aunque no católicos, y esto ya no puede pasar. Se corre el riesgo de que las mujeres ó las hijas de los suscritores induzcan á éstos á que se den de baja.

Porque lo cierto es que todo eso del anarquismo, del nietzschenianismo, del anticristianismo y del ateísmo, las más de nuestras gentes no llegan á tomarlo en serio. Son modas intelectuales, arrebatos de la juventud, ganas de hacer ruido, de singularizarse ó de hacerse pasar por espíritu fuerte, pero eso otro que huele á protestantismo ¡vade retro!

La prensa, en general, lejos de tratar de corregir los prejuicios y las presunciones del público tiende á confirmarlos. Hay para ella valores declarados, que es lo mismo que valores sobreentendidos, á que no se puede tocar.

Me decía una vez cierto diestro y muy avisado periodista español que si los periódicos contaran lo que se dice en derredor de las mesas de redacción sería uno de los elementos más grandes de purificación de la opinión pública. Y de hecho nuestra prensa, que de todo podrá pecar menos de soberbia y presuntuosa, ha declarado cien veces ella misma que su mayor defecto es la

debilidad, es el dejarse llevar á alabar todo y á ayudar á todo atrevido. Su prodigalidad en el adjetivo es realmente alarmante.

Y lo malo es que suele acabar por creer que es ella la que hace los prestigios. Cuando en realidad los más sólidos se han hecho ó á pesar de ella, ó tal vez contra ella. Es cuestión de tiempo.

Cuando alguien me pregunta cómo es que ahora escribo tan poco para la prensa española, contesto siempre lo mismo. Y es: Mire, señor mío, aunque yo y mis hijos no comamos de lo que la pluma me produce, cenamos de ello y aparte de que allá, de la otra banda del Océano, se me recompensa mi trabajo mucho mejor, me dejan mucha mayor libertad. Y por añadidura el público responde más, ya que son muchos los corresponsales que espontáneamente surgen ayudándome con sus aplausos ó sus censuras en mi labor.

Y debo declarar que en diario alguno he encontrado tanta libertad como en esta mi querida tribuna de *La Nación*. Habíase me hecho entender que hay pocos hombres más quebradizos y más difíciles para aguantar censuras que los criollos americanos, pero es el caso que yo no me retenido de decir desde estas columnas á mis lectores de por ahí cuanto he creído justo—guardando siempre, claro está, no ya sólo respeto, sino hasta cariño—y me lo han tomado

Siempre se ha dicho que por un impetuoso  
alguno de los que se han dado á conocer en  
Intelectos, de último Ruben Daro, faccioso  
en su tiempo en su patria

como no es frecuente que en otras partes se tomen tales observaciones. Y tengo pruebas de que no es ni por indiferencia ni por desdén.

Y volviendo á las amargas lamentaciones de «La Correspondencia de España», creo puede decirse que el mal de que ella se queja no es peculiar nuestro ni mucho menos. Aquí sí que puede decirse lo de que en todas partes cuecen habas, pero cambiando su segunda parte añadir: y por otras casas á calderadas. La afición de leer relatos de crímenes por grande que sea entre el pueblo bajo español, creo que lo es mayor aun entre la plebe francesa y la inglesa. Sabido es el éxito que en Inglaterra alcanzan entre las clases populares los terribles melodramones espeluznantes.

No, lo malo nuestro no es que el pueblo bajo, que la masa de lectores de aluvión tenga esas aficiones, pues esas mismas las tienen en otros países; lo malo es que los lectores escojidos, que el público que busca instruirse ó deleitarse con algo más fino, es entre nosotros mucho menor. Lo malo es—y esto, aunque se ha referido mucho entre nosotros, conviene repetirlo aquí una vez más—lo malo es que no tenemos sino una enorme masa de plebe intelectual y una muy escasa aristocracia de la misma especie. Nos falta clase media de la cultura; nos falta algo así como una burguesía del espíritu deseosa de ilustrarse.

Hace muchos años ya que escribí un artículo —que alcanzó cierta fortuna— sobre la pirámide de nuestra cultura. Decía en él que una pirámide es tanto más estable cuanto más ancha base tiene y menor altura, cuanto se va pasando más gradualmente de cada una de sus capas ó escalones á la superior. Y entre nosotros hay sobre una base anchísima un remate muy alto sin gradaciones intermedias.

También se ha dicho que aquí no hay sino indigentes ó millonarios de la cultura. Y creo, en efecto, que podemos asegurar que el español ilustrado y culto, cuando lo es, lo es tanto como el que más en Europa, pero no puede aprovechar su ilustración y su cultura por falta de ambiente apropiado para ello. Cuantos extranjeros nos visitan libres de prejuicios declaran sorprenderles el número de españoles cultísimos, versados en estos ó los otros conocimientos, que ó no se producen en público ó lo hacen esporádicamente y sin ahinco. Una labor como la de Ramón y Cajal, v. gr., supone aquí un esfuerzo muchísimo mayor que en otras partes. Y menos mal cuando se cuenta con algún público en el extranjero.

Acaba de publicar D. Manuel B. Cossio su libro sobre el Greco, libro esperado hacía años por todos los amantes de la pintura, sean ó no entusiastas del originalísimo Theotocópuli. El

tal libro, sólido, animado, intenso, debía haberse publicado en inglés, pero el autor, dando una nota de alto patriotismo, lo ha publicado al fin en castellano ¿Cuántos lectores tendrá?

Y aquí si que entra la prensa. Porque pocas cosas hay más mezquinas que las revistas biográficas de nuestros diarios y eso que han mejorado no poco. Cuando airean un libro, sobre todo si lo hacen inmoderadamente, puede afirmarse que es un libro de alguno de la cofradía, de algún periodista. Y contrasta con esta parquedad con que tratan el movimiento literario propiamente tal, la viciosa exuberancia con que se ocupan de las obras teatrales. Y ello porque el teatro más que literatura es espectáculo.

Hay quien se lamenta aquí de que las revistas de corridas de toros ocupen tanto espacio en la prensa diaria, pero, en el fondo, no me parece más lamentable eso que el que se dé en ella tanto lugar á las revistas de teatros.

Poca diferencia va de una corrida de toros al estreno de un drama, y una piecicita de género chico viene á ser algo así como una novillada. Una y otra cosa son espectáculos. Y el vulgo es tan... tan necio, que al salir de la plaza de toros compra el papel en que se le dá la reseña de lo que acaba de ver, y al día siguiente de haber presenciado el estreno de una comedia se va derecho á su periódico, á ver lo que de ella dice

el redactor crítico de teatros. Como que en rigor ni ve la corrida ó la comedia, sino para hablar después de ellas, para tener tema de conversación y comentarios.

Hay personas que se pasan la vida discutiendo si el Bombita es mejor ó peor que el Machaquito, si este tenor canta mejor ó peor que el otro, si éste ó aquel galán hacen mejor el Tenorio, si fulano estuvo bien ó mal al dar aquella estocada ó al declamar aquel parlamento, ¡y á esto le llaman vivir!

La más grave, la más trascendental, la más profunda ocupación de la vida es para muchos sujetos encontrar de qué hablar, y ha de ser cosa que no dé quebraderos de cabeza. Casi todo lo que pasa en el mundo no es para ellos sino motivo de conversación. Ya lo dijo el gran humorista granadino: «la cuestión es pasar el rato» y un escoliasta, no menos humorista que él, añadió: «sin adquirir compromisos serios».

Y muchos siglos antes que el humorista granadino dijo Homero que los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales, para que los venideros tengan algo que cantar.





## NUESTRAS MUJERES

**L**os dos artículos que D. Ernesto Vergara Biedma me ha enderezado desde estas mismas columnas, han tenido la virtud de corroborarme en los puntos de vista fundamentales que expuse en el mío titulado «El resorte moral». Esto pasa con frecuencia.

No es cosa de entrar ahora, ni hace al caso, á contestar punto por punto á los reparos que me hace. He de limitarme á darle las gracias por la moderación discreta y el tono sereno con que lo hace, aunque tampoco dejo de decir que me conoce, ateniéndose á una fantástica leyenda que atañedera á mi manera de ser y de vivir se está por ahí formando. Dejo al tiempo desvanecerla.

Sólo he de decirle que conozco desde hace tiempo á los autores cuya lectura me recomienda; que he leído á Sicardi, á Lugones y á Estrada.

No voy, repito, á repasar punto por punto lo que el Sr. Vergara Biedma trata. Ocasión tendré de volver, y más de una vez, sobre lo que en mi asendreado artículo expuse. Y la primera será, lo anticipo, cuando comente las vigorosas y pro-

fundas observaciones de «Abul-Bagi» —D. Antonio Babuglia— en su libro, admirable de sinceridad y de patriotismo que se titula «Armonías y rebencazos», cuya segunda edición tengo en la mano. Y por cierto que hubo en mi debatido artículo un símil fuerte, aquel de que un sacerdote á la moda se esperaría al alzar la hostia á que le sacasen en instantánea, que he visto, lo leí en la primera edición de ese libro robusto y sano. A cada cual lo suyo.

Hay, sin embargo, un punto en los reparos del Sr. Vergara Biedma que no quiero dejar pasar en silencio. Es el referente á las mujeres.

Paso por poco galanté. Donde quiera que he dirigido la palabra á un público en que hubiera mujeres, he tenido para estas palabras de ruda verdad, muy otras que las palabras de aduladora galantería con que de ordinario se las lisonjea. Alguna vez he dicho que nada me parece peor que el papel de ídolos que á las mujeres hacen representar muchos, teniéndolas atadas y presas al altar y sahumándolas con el barato incienso de fáciles requiebros.

La mujer y su estado espiritual serán, supongo, ahí como es aquí para muchos, un «nolli me tangere», un mírame y no me toques. Y es un asunto que hay que tocar una y otra vez y ciento y siempre con ruda franqueza.

Lo que el Sr. Vergara Biedma dice de la mujer

argentina es exactamente lo mismo que dicen en todos los países de sus respectivas mujeres los hombres galantes y bienquistos de ellas. Es la retórica obligada; es lo de siempre y de todas partes; son los lugares comunes en alabanza de la mujer, sea de donde fuere. Todo eso de las virtudes que alegran, perfuman y dan calor y color á los hogares, lo hemos oído mil veces ya, y en puro oírlo nos suena ya como la lluvia en primavera. Ni yo me sonríe de la ingenuidad del Sr. Vergara, como él supone. No me sonríe de ingenuidad alguna, ni eso es ingenuidad.

Dejándose de amenas y vagas generalidades, me dice luego que ahí, en la Argentina, y principalmente en las clases cultas, el adulterio es algo excepcional y rarísimo. Se lo creo sin que lo jure. Se lo creo y se lo creerá cualquier sabio europeo—yo aseguro que no soy sabio, mote muy feo, y no aseguro que sea europeo,—cualquiera de esos sabios de los que tiene el señor Vergara una idea tan divertida como fantástica. Se lo creerá cualquier sabio europeo y cualquier europeo que conozca mundo, y se lo creerá por la sencilla razón de que eso del adulterio es aquí mismo, en Europa, mucho más raro y excepcional de lo que puedan creerlo los americanos que vean Europa al través de novelas francesas y de deformaciones literarias.

Yo creo que el adulterio es en España más



raro que en otras naciones de Europa, y sin embargo, jamás se me ocurrirá fundar en eso la superioridad de la mujer española sobre las mujeres de esas otras naciones. Sin que por eso crea que el adulterio no sea un mal.

Aquí, en España, oigo hacer la apología de nuestra mujer casi en los mismos términos en que el Sr. Vergara Biedma «apologiza» á la mujer de su tierra. Y yo creo que es la mujer lo que en España tiene que cambiar más.

Una mujer puede ser fiel y amante esposa, muy ama de casa, muy señora de su hogar, muy devota de sus hijos, y ser, sin embargo, una muy imperfecta ciudadana y un elemento de estancación social. Entre las mujeres más honradas y más revestidas con todas las virtudes que el confesor les inculca, es donde suelen encontrarse los espíritus más mezquinos y más lastimosamente apegados á la tierra.

De nada hay que desconfiar más que de la supuesta religiosidad de la mujer. Va á misa como va al teatro, y rige sus devociones por la ley de la moda. Es en los países católicos por buen tono. Juega al juego masculino de las comisiones y las juntas formando asociaciones en que una representa la presidenta y otra la secretaria. Y suele llevar á esas sociedades y cofradías toda la estrecha mezquindad de un espíritu limitado.

Respecto al tono que la mujer ha impreso á la religiosidad católica, vale más que ceda la palabra á un testigo de excepción. El cual dice:

«La devoción á Cristo ha sido, en su mayor parte, devoción de mujeres, religiosas ó no; el Cristo que ha creado es, hasta cierto punto, una creación femenina, y como el pedido determina la oferta, los predicadores y expositores masculinos de esa devoción han cedido á la tendencia á feminizar el presentimiento, más bien que resistirla ó corregirla. Los hombres arrastrados por mujeres, aún los más capaces — dice sir Leslie Stephen — nunca pertenecen del todo al género masculino. Lo cual no quiere decir sino que la semejanza y la simpatía son condición y medida de mutua inteligencia. En la plenitud de la humanidad de Cristo hay, más que todo, lo que llena los dos ideales de la humanidad, el de la mujer y el del hombre, pero estos ideales son diferentes y es el de la mujer el que sobre todo prevalece en el púlpito, en el arte religioso y en el lenguaje y la literatura devocionales. Y el resultado es que el Cristo así presentado no logra atraer á los hombres del tipo masculino, si es que no los repele, á aquellos hombres para quienes la acción es más y el sentimiento menos de lo que es para el tipo femenino.

«Si hiciéramos un holocausto de las nueve décimas de nuestras pinturas é imágenes piado-

sas, podría ser simbólico de la reforma que hace falta en esta materia. Debemos mucho, sin duda, á las visiones de Santa Brígida, Santa Gertrudis, la beata Margarita María, la hermana Emmerich y otras, pero en conjunto la ganancia espiritual ha sido más para las mujeres que no para los hombres, y no podemos por menos sino sospechar que los visionarios masculinos—si hubiera habido tales—nos habrían presentado al «hombre perfecto» bajo un aspecto «más seco», y en tal caso podríamos habernos ahorrado la grosera y blasfema revuelta de la escuela de Nietzsche en favor del llamado superhombre («Uebermensch») y contra el supuesto ideal cristiano de una humanidad rebajada.»

Hasta aquí el testigo de excepción. Y ahora ¿saben ustedes quién es? Pues es un doctísimo y ya muy famoso sacerdote católico, apostólico romano y de nacionalidad inglés, es el cura católico y ex jesuíta P. Jorge Tyrrell, y ese precioso documento lo he sacado—traduciéndolo del inglés—de su interesante libro «Lex Credendi», que recomiendo á todos los católicos de buena fe—no son ya muchos—que sepan el inglés.

En este mismo libro cuenta el P. Tyrrell que, hablando una devota señora católica á un cura, acerca de las visiones de Santa Gertrudis y de la beata Margarita María, le decía: «Nos hablan de Nuestro Señor y sin ellas, nada sabría una de Él»

y al preguntarle el cura: «¿ha leído usted, señora, los Evangelios?» contestó la dama: «¡oh, no! son tan secos!» «¿Conoce el Sr. Vergara Biedma muchas piadosas y católicas damas de su país que hayan leído los Evangelios? Yo apenas las conozco en este mío.

No basta que la religiosidad de una mujer—ó de un hombre—sea sincera para que merezca nuestro elogio. También es sincero en muchos bosquimanos el fetichismo.

Y luego viene otro tópico y es el de la caridad, llamando así al deporte de la beneficencia.

Conozco un pueblo en que la mayoría de las damas de alguna posición se pasan buena parte de su tiempo en eso que llaman la «conferencia», arbitrando recursos para los necesitados y visitando á los pobres, dedicadas á la beneficencia. Es su manera de divertirse, que á las veces combinan con otras diversiones, ideando rifas, kermesses ó funciones de teatro en beneficio de este ó del otro asilo. A esto llaman caridad y de esas damas se dice que son muy caritativas. Y luego de haber conocido la especialísima é incaritativa caridad de esas señoras, he leído en las «Armonías y Rebencazos» de Abul-Bagi lo que este sincero y ardiente patriota argentino dice—en el artículo titulado «Analogías»—sobre la Sociedad de Beneficencia, viviendo del producto del juego y manteniendo lujos y vanidades.»

El artículo todo no tiene desperdicio y lo transcribiría aquí si no se tratase de un libro argentino que han de conocer los más de mis lectores.

Yo no sé directamente lo que ahí pase con esas sociedades en que bajo el manto de caridad religiosa, las mujeres juegan á la beneficencia, pero sé que aquí le exigen á un pobre hambriento la cédula de comunión antes de satisfacerle el hambre, que en los asilos hay ancianos que se enferman porque las monjas les obligan á levantarse temprano para ir á misa, y que las Hijas de María, las Vicentinas ó las Beatíficas retiran el litro de leche ó el kilo de pan á aquel ó aquella de quien descubren que no cumple cristianamente con la Iglesia. Y no es raro que pongan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia por encima de los mandamientos de la Ley de Dios y estimen que el dejar de oír misa es pecado más grave en una criada ó mucama que no el mentir ó el sisar á su señora.

Y estas señoras tan benéficas, tan presidentas ó secretarias de esta ó de la otra sociedad, estas señoras tan adornadas con las virtudes todas del hogar descubren su falta de caridad cuando se trata de juzgar los defectos ajenos, de sufrir con paciencia las flaquezas de sus prójimas, de tratar con quien hubiera incurrido en eso que se llama un desliz.

La mezquindad de espíritu, es en nuestras mu-

jes, las españolas, el correlativo de la falta de elevadas y nobles ambiciones en los hombres. A hombres irreligiosos, quiero decir, á hombres superficiales que rehuyen las más profundas inquietudes espirituales y cifran su anhelo en adquirir fortuna ó renombre, cuando no en irlo pasando sin quebraderos de cabeza, á hombres así corresponden mujeres fetichistas. Cuando el sumo de la ambición del marido es llegar á ministro ó á millonario, calcúlese cuál será el sumo de la ambición de la mujer.

Sin que esto tenga que ver nada con la honradez. No es menester ser una Dalila para cortarle los cabellos á Sansón. A más de un Sansón le ha recortado, no la cabellera, sino las alas, su propia mujer, su mujer fiel y cariñosa, una esposa modelo de fidelidad y de sumisión, y de cariño y de todas esas que llamamos virtudes domésticas. Y en cambio más de una Dalila ha sido fuente de energía y de ambición y de altos anhelos para algún Sansón.

¡No he de caer en la injusticia de sostener que nuestra mujer, la mujer española, es inferior á nuestro hombre, no! Tal para cual. Á la depresión del espíritu masculino corresponde la depresión del femenino. Tenía razón sor Juana Inés de la Cruz, la mejicana, cuando decía á los hombres:

tomadlas cuál las hacéis  
ó hacedlas cuál las queréis.

Ahora, no ha mucho, han andado por aquí las damas católicas y otras que ni son damas ni son católicas firmando unas exposiciones á las Cortes en petición de que no se discutiese la ley de Asociaciones, presentada por el partido liberal. Las más de esas damas no tienen la menor idea de lo que ese proyecto de ley era ni de lo que en él se pedía, ni de cuáles podrían haber sido sus consecuencias ni siquiera tienen idea de lo que es una asociación religiosa. Les dijeron que la religión estaba en peligro, y sobre todo, que firmaban doña fulana y doña mengana y doña zutana y ellas no habían de ser menos que estas respetables y respetadas damas. Pero ni eso era celo por la religión ni cosa que se le parezca.

Cuando hay alguna reunión á que concurren señoras suele haberlas que envían al criado á informarse de si llegó alguna ya, porque no ha de ser una la primera en llegar; no hay que llamar la atención de esa manera. Y á conferencias meetings y reuniones análogas, no va más de una señora que tendría gusto en ello porque no van las demás. En cambio, se pone en moda una devoción tan ridícula, tan ñoña y tan pueril como la de San Expedito, v. gr. y allá van nuestras honradas ciudadanas á infantilizar su espíritu con memeces «á la dernière».

Estamos haciendo de la mujer un niño gran-

de. Lee puerilidades, aprende puerilidades, repite puerilidades y de puerilidades vive. Basta ver cuáles son los escritores preferidos por las mujeres. El tipo de literato, al que se le llama confesor láico de señoras, es el tipo de literato más ridículo que cabe.

¿Qué debe leer una muchacha? me preguntaba una vez un amigo, y le contesté lo que contesto á los que me preguntan qué debe leer un niño: ¡lo mismo que leen sus padres!

Cuando un padre esconde un libro para que no lo lean sus hijas, de cada diez veces, las nueve insulta con ello á sus hijas, no al autor del libro. Y la otra vez se rebaja á sí mismo leyendo libros semejantes.

Voy á terminar con un recuerdo evangélico. Sabido es de todos con qué dulzura y que indulgencia trató el Cristo á la mujer adúltera y cómo de la Magdalena dijo que se le perdonaría todo por haber amado, pues al que ama mucho, mucho se le perdona. Y junto á esto conviene no olvidar la dureza con que, según el cuarto evangelio, trató á su propia madre cuando al interesarse ésta en las bodas de Canaán, por la falta de vino, le replicó su hijo: «¿Qué tengo yo contigo, mujer?» Y en otra ocasión cuando fué su madre con sus hermanos á recogerle, porque decían que estaba loco, al anunciarle que estaban allí su madre y sus hermanos, esperándole, con-

testó: «Mi madre y mis hermanos sois vosotros, los que oís mi palabra.» Y en uno y otro caso se trataba de su madre, modelo secular de todo linaje de virtudes.

Mucho más podría decir al respecto, sin más trabajo que adaptar á la forma de artículos de diario lo que en mi último libro escribí sobre la poquedad de espíritu de nuestras mujeres, pero no debo alargar esto.

Sólo me resta felicitar muy entusiastamente al Sr. Vergara Biedma por conocer á las mujeres de todos los países de la tierra habitada, conocimiento difícilísimo que prueba un estudio muy largo, muy atento y muy inteligente. Y digo que las conoce á todas, porque si así no fuera, carecería de sentido esta su afirmación de que las mujeres de su país «son las primeras mujeres del mundo». No puedo creer que lance tan redonda afirmación no habiendo salido de su patria y recorrido las patrias de esos pobres sabios europeos á los que quiere ver, que un acontecimiento de bulto les rompa el cráneo para meterles en el cerebro la evidencia de ese y otros postulados por el estilo. Allá los sabios.

Pero si el señor Vergara Biedma no hubiera nunca salido de su patria, entonces su afirmación no sería ingénuo, sino otra cosa.



## A UNA ASPIRANTE A ESCRITORA

**M**E pregunta usted, señorita, qué me parece de que usted se dedique á escribir para el público. Como yo vivo muy lejos de ese país y no conozco sus condiciones íntimas sociales sino por referencias, habrá de permitirme que me imagine que es una paisana mía, una española, nacida y criada aquí y que, como yo, aquí vive la que me dirige semejante consulta y dejo á su perspicacia y buen juicio el hacer las debidas trasmutaciones y traducciones de lo que le diga. No voy, pues, á contestarle á usted sino á otra señorita, mi compatriota, que me ha dirigido igual consulta y esto no es una suposición sino un hecho real.

Me parece difícilísima y muy delicada la posición de una mujer que entre nosotros quiere dedicarse á la carrera de las letras. Me parece difícilísima su posición en todo país y en todo tiempo, pero mucho más en nuestro país y tal vez en nuestro tiempo.

La civilización es, con todo lo que tiene de